

reconocido): gracias, camarada. Cuando la hayáis visto entrar en alguna parte, ya podemos estar tranquilos, y beberemos un trago á nuestro gusto; yo pago.

—Acepto, y me marcho, porque creo que va á torcer á la derecha.

Durante este tiempo, Lucía Aubré, sin haberse apercibido del coloquio de que era objeto, se había tranquilizado por completo, y alejando de sí toda preocupación y temor, marchaba ligera, dichosa, pisando alegremente las amarillentas hojas que, arrancadas por el viento, caían sobre el camino, y respiraba con placer aquel aire fresco impregnado de los olores de los bosques próximos, sonriendo ante el recuerdo de un placer al que se acercaba á cada paso que daba.

VII.

Después de haber caminado durante un cuarto de hora, y de haber dejado detrás de sí las últimas casas de campo de *Ville-d'Aray*, tomó el camino transversal que conduce directamente á *Marnes*, encontrándose bien pronto enfrente de una casita de modesta apariencia, pero muy elegante y alegre, perdida en un recodo del camino y aislada en medio de él. Leona empujó la puerta, y entró en el patio, sintiendo latir su corazón con tal violencia, que la fué necesario detenerse para respirar. Entonces la apercibieron los de la casa. Una mujer de unos treinta años, alegre, cortés, vestida como una lugareña rica, acudió á su encuentro.

—¡Ah! ¿Estáis ahí, señora? (exclamó.) Dudaba veros hoy....; pero ¿cómo estáis tan pálida?... ¿Qué tenéis?

—¿Cómo está?—dijo Leona, sin responder á la pregunta que la habían hecho.

—Muy buena, señora. Ya sabéis que si tuviera alguna cosa, os avisaría al momento.

—Sí; ya lo sé, mi buena Margarita; pero, ¿qué queréis?, no puedo evitar al entrar aquí una emoción que me hiela la sangre y al mismo tiempo me hace un bien infinito....; pero.... vedme ya buena.... Vamos á verla.

—La encontraréis en el jardín; ¿ó preferís que la llame para verla aquí?

—No, no la llaméis; quiero sorprenderla.

Y, sonriente entonces, alegre y ligera, atravesó rápidamente la casa, bajó unas cuantas escaleras, y penetró en el jardín. Apenas llegó á él, cuando una niña de cuatro á cinco años corrió batiendo las palmas y dando gritos de alegría á arrojarle en sus brazos. Era un lindísimo cuadro el que presentaban esta madre tan joven, tan encantadora, teniendo oprimida contra su seno á aquella preciosa niña sonrosada, de largos cabellos rubios, á quien cubría con sus besos, muda, estática; sin poder hablar, porque la emoción se lo impedía. Después de estos primeros arrebatos de ternura, se sentaron madre é hija en un banco del jardín, muy cerca la una de la otra...., y entonces se entabló una deliciosa conversación, llena de preguntas candorosas que hacía la niña, y de palabras afortunadas,

inventadas por la madre para hacerse comprender por su hija, y todo interrumpido por besos, risas y caricias.

De esta manera, desde el nacimiento de su pequeña Luisa, pasaba Lucía Aubré una parte de sus días, á menudo los días enteros. Aquella era su dicha, su alegría, su vida, y de la misma manera que algunas mujeres se escapan en secreto, cubiertas con un gran velo, para arrojarle en los brazos de su amante, Leona se escapaba también misteriosamente para ir á abrazar á su hija.

Cuando las reflexiones ya dichas acudieron á su imaginación; cuando deseó para Luisa una vida distinta de la suya, no quiso que esta niña viviera más tiempo con ella. Si no quería perder la esperanza de encontrar una familia honrada que quisiera adoptar aquella preciosa pequeña, era preciso que se ignorase que era su hija. Leona buscó entonces una mujer fiel, de confianza, que fuera también madre, y que, dando de mamar á su hija, llegara á tomarla cariño y ser una guardiana cariñosa. Lucía la encontró y la confió su hija, colocando á las dos en aquella casita de *Marnes*, bastante próxima á París para que pudiera ir todos los días, y bastante alejada para que sus visitas no pudieran ser apercibidas. Su plan se había cumplido en todos sus puntos, pues encontró en Margarita un

agradecimiento sin límites y una discreción á toda prueba. Aquel día, después de haber pasado dos horas con su hija y de haberse informado de sus deseos y de sus necesidades, tuvo que pensar en marcharse. La abrazó, volvió á abrazarla, y con los ojos llenos de lágrimas se arrancó de sus inocentes bracitos, y se alejó rápidamente, temiendo que si volvía á verla no tendría fuerzas para abandonarla y volver á París. En el recodo del camino, sin embargo, Lucía se detuvo para mirar la casita que acababa de dejar. En una ventana abierta vió á Luisa que la enviaba con la mano sus últimos besos, y cuyo lindo rostro estaba iluminado por los postreros rayos del sol que se escondía en el horizonte. Respondió de la misma manera á aquel adiós, y se puso animosamente en marcha, con la dicha que la producía el pensamiento de volverla á ver al día siguiente.

VIII.

No tardó en llegar donde esperaba su carruaje. El cochero, acostumbrado ya á esperar largas horas, dormía sobre su asiento un profundo sueño, tal vez producido por alguna libación hecha en compañía del pequeño *groom*. Cuando despertó y se apercibió de que habían transcurrido tres horas sin hacer nada y ganando, fustigó á su caballo de tal manera, que éste partió á un trote largo, digno de los mejores días de su juventud, y tan rápido, que á la extremidad de *Ville-d'Array*, cerca de la verja, las guarniciones se rompieron.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Leona, sintiendo detenerse el carruaje.

—Casi nada, señora.... (dijo el cochero). Se ha roto la guarnición....; es cosa de diez minutos y

de un trozo de bramante que voy á comprar aquí al lado.

Agradándola muy poco la perspectiva de permanecer en el carruaje sin cochero, y á merced de un caballo á quien podía darle la idea de continuar su camino, prefirió bajarse, y, mirando á su alrededor, apercibió á mano derecha, y á través de una verja de hierro, una linda casa de campo situada en medio de un prado esmaltado con las últimas flores de otoño, y medio oculta por altos castaños. Al mismo tiempo llamó su atención un cartel que decía que aquella propiedad se vendía.

—¡Qué dichosa sería viviendo aquí! ¡Qué cerca estaría de ella!—pensó.

Y tanto por curiosidad como para entretener el tiempo de su forzada detención, se la ocurrió la idea de visitar aquella casa. Llamó, y un viejo vino á abrirla.

—¿Venís á ver la propiedad, señora?—preguntó cortésmente.

—Sí, amigo mío, si no os molesto demasiado.

—Absolutamente nada, señora; estoy aquí para eso. ¡Oh! El jardín está muy descuidado desde que debemos marcharnos de aquí, y si alguna vez trabajo en él, es por costumbre.

—¡Qué bonita propiedad!—dijo Leona, dirigiéndose hacia la casa, mientras el jardinero abría la puerta.

—Sí, señora (respondió el jardinero); pero es muy triste cuando los amos no están en ella.

—¿Y por qué no la aprovechan estos días tan hermosos, puesto que no han encontrado aún quien se la compre?

—Porque después de la muerte de la señorita, marcharon para no volver jamás aquí.

—¡Pero qué! ¿Han perdido una hija?—preguntó Leona vivamente.

—Sí, señora; hace dos meses.

—¿Y qué edad tenía?

—Cinco años.

—La edad de mi pequeña Luisa (pensó la joven). ¡Pobre niña!—añadió hablando alto.

—Sí, cinco años (replicó el jardinero, halagado por aquella muestra de interés); y era ya tan bonita y tan graciosa... Me acuerdo de sus pequeños gestos cuando la reprendía dulcemente por correr entre mis flores ó haber rodado sobre el césped. Con ella murió la alegría de la casa.

—¿Y su madre?—preguntó Lucía de Aubré.

—¡Oh, señora! Era un dolor, que partía el corazón. No quería abandonar esta casa. En la pieza en que estamos, recostada, con los ojos fijos en ese prado en que algunos días jugaba su adorada hija, pasaba horas y horas embebida en sus pensamientos; pero los médicos declararon que no debía permanecer más tiempo aquí, porque estaba rodeada de tristes y penosos re-

cuerdos, y el señor la condujo á París, casi á la fuerza.

—¡Oh, desgraciada madre!—dijo Lucía Aubré, escuchando conmovida.

En aquel momento el cochero, cuyo carruaje estaba ya en disposición de partir, se presentó ante la verja.

—¿Os conviene la casa, señora?—preguntó el jardinero, enjugándose una lágrima que aquel recuerdo doloroso le había arrancado.

—Sí, me conviene bajo todos conceptos (dijo Leona, preocupada desde hacia un instante por una idea que acababa de nacer en ella); pero ya sabéis que en cosas de tanta importancia no se decide uno tan rápidamente. Haced el favor de decirme el nombre de vuestro amo.

—Es el señor Dubreuil, y vive en la calle de la *Chaussée-d'Antin*.

—Creo recordar ese nombre: ¿no es banquero?

—Sí, señora; tiene muchos negocios.

—Ya iré á verle si me decido. ¿Sabéis la cantidad que desea por ella?

—No, señora; sólo sé que la principal condición será la de pagarle al contado.

—Sin embargo, ofreciéndole garantías....

—Creo que no, que no se conformaría, porque el señor necesita ahora fondos, y sé que haría un sacrificio por tener inmediatamente

ese dinero,—dijo inocentemente el jardinero, sin imaginar que era una indiscreción grandísima dar aquellas noticias de un banquero.

Habían llegado cerca de la verja de entrada.

—Adiós, amigo mío. Os doy las gracias,—dijo Lucía Aubré, colocando una moneda en la mano de su gafa.

Y subiendo en el carruaje, continuó su viaje á París.